

al silencio, al artificio ni al disimulo, en cosa digna de memoria y conveniente á la enseñanza y al egemplo.

HISTORIA DEL NUEVO-MUNDO

LIBRO II.

De entre las tinieblas de los siglos bárbaros salió como casualmente la luz que ha dirigido á los navegantes en sus expediciones por el grande océano, en cuyo seno estaban encerradas y ocultas las dilatadas regiones del Nuevo-mundo. Una interpolacion hecha por los árabes en el libro de las piedras atribuido á Aristóteles, demuestra que los filósofos de aquella nacion conocieron la maravillosa propiedad de la imán ó calamita, que puesta en libre movimiento al rededor vuelve constantemente uno de sus lados ácia el norte. Ya esta piedra por su virtud de atraer el hierro se habia en todos tiempos conciliado la admiracion de las gentes, y el nuevo descubrimiento dió ocasion á multiplicar experiencias. Por donde vino tal vez á tocar el metal con la piedra, y echarse de ver que se le habian comunicado ambas propiedades. De aquí fué fácil colegir, que una saetilla de hierro tocada con el imán, y equilibrada de modo que girase con liber-

tad, señalaría de una parte la region septentrional, y de otra la meridional, y podria dirigir con seguridad y constancia el rumbo de las navegaciones. Consta de testimonios indubitables, que desde principios del siglo XIII era ya corriente entre los pilotos el uso de esa industria, la qual adelantándose de dia en dia produjo, ó á lo menos puso en bastante perfeccion el utilísimo instrumento de la brújula, ó aguja de marear, ácia fines del mismo siglo.

2 Antes de esta época ninguna seguridad habia en las navegaciones, si una vez llegaban á perderse de vista tierras conocidas. La estrella polar, el salir y ponerse el sol, guías únicas de los antiguos pilotos, no pueden observarse sino á horas determinadas, y en tiempos nebulosos desaparecen por muchos dias. Así las expediciones de los célebres marineros fenicios, cartagineses, griegos y romanos en la antigüedad, de los árabes, venecianos, pisanos y genoveses en la edad media, todas se hacian costa á costa con gran lentitud y riesgo. Sus travesías fueron en pequeños mares, donde no bien desaparecia una costa, ya podia divisarse la opuesta, ó gobernarse á ella por indicios. Solamente se exime del orden regular la navegacion al través del espacioso golfo que media entre el mar rojo y las costas del Malabár. Pero en esta, si

bien faltaba toda señal de tierra, era cierto el auxilio de las monzones, que corren perennemente leste oeste en unos meses del año, y en otros al contrario. Impelidas las naves de un viento constante por la popa, casi sin arte alguna se atravesaba un golfo cuyos puertos y costas se habian antes descubierto y reconocido. Nunca los antiguos se aventuraron á engolfarse en los mares sin preceder el conocimiento de las tierras que los limitaban. Ni cabia en la esfera de sus ideas el designio de buscar nuevas islas ó continentes á notable distancia de países conocidos. Tal vez se hallaron algunas por efecto de una borrasca, de un temerario arrojó, ú otro accidente inopinado; debiéndose á semejantes medios, de que se han visto ilustres egemplos en nuestros dias, la propagacion universal de la especie humana. Mas estos acasos pasaban ordinariamente en otros tiempos sin influir en los progresos de la geografía; porque ó los derrotados se quedaban para siempre en tierras ignoradas sin dexar rastro de sí, ó si algunos volvian á la patria trabajados y miserables, no habia luz ni aliento para seguir tales aventuras. El espíritu marinero que de todo saca partido, y aun con los infortunios se avigora y enciende para acometer las mas osadas empresas, tuvo su origen en el feliz hallazgo de la aguja náutica.

3 Quando la marina y la república de los romanos estaba en su mayor auge, se observaron en el océano atlántico varias islas adyacentes al África, señaladamente las Fortunadas ó de Canaria, término occidental del antiguo mundo, de donde empezó Ptolomeo á contar la longitud del orbe. Fuera de este uso apenas aprovecharon sino para entretener ociosas imaginaciones con fábulas de poetas, las quales tomaban cada dia mas cuerpo, á proporcion que se iban obscureciendo las noticias ciertas. Halláronse nuevamente las Canarias en el siglo XIII, y luego los genoveses, cuya república acababa de llegar al mas alto punto de prosperidad á beneficio de la navegacion y el comercio, meditan hacer allí su negocio, y disponen una expedicion de dos galeras ácia fines del mismo siglo. Visitáronlas sucesivamente en el siguiente muchos navegantes de diversas naciones, compensando los gastos de sus armadillas y enriqueciendo talvez con el servicio y la venta de los esclavos que hacian en las islas y en las próximas costas de la Mauritania. Perdido ya el temor al océano con la frecuencia de las navegaciones, confirmada en algun modo la rancia idea de una region feliz y bienaventurada con la fertilidad y buen temperamento de la tierra, y vista por otra parte la simplicidad y poca defensa de sus

bárbaros moradores, la codicia y ambicion inspiró á varios aventureros el designio de conquistarla. Es famoso entre otros el entusiasmo de D. Luis de la Cerda, biznieto del rey D. Alonso el sábio, de quien proceden los señores de la ilustrísima casa de la Cerda, hoy duques de Medinaceli. Desheredado de la sucesion de los reynos de Castilla, imaginó ceñirse otra corona en las Canarias, encomendándose al creído entonces dispensador y árbitro de los imperios; y en efecto fué nombrado rey de ellas por el papa Clemente VI con el título de príncipe de la Fortuna. Mas todo paró en aparatos y pompa vana.

4 Con semejante idea de engrandecimiento meditó enseñorearse de aquellas islas el ilustre Juan de Bethencourt, caballero francés de la provincia de Normandía, no dudando en empeñar ó vender parte de sus estados para las expensas de la expedicion. Aun no se habia extinguido entre los normandos el animoso espíritu que hizo célebres las correrías de sus mayores en el mar, y hay bastante fundamento para creer que sus navegaciones y tratos en el atlántico eran á la sazón muy superiores á las de otros navegantes. Así que no fué difícil hallar en el puerto de la Rochela quien ayudase con su hacienda y brazo, y suficiente copia de soldados y marineros para

armar un navío. Con este auxilio y el beneplácito del rey de Castilla plantó Bethencourt la primera colonia européa en la isla de Lanzarote en el año segundo del siglo XV. Muy presto conoció la debilidad de sus fuerzas para tanta empresa: imploró el favor de nuestro rey Enrique, diósele por vasallo; y obtenidos los privilegios y socorros que necesitaba, ganó á Lanzarote y otras tres islas menores por la corona de Castilla. Al abrigo de las nuevas posesiones se frecuentaron mucho mas que antes aquellos mares, multiplicáronse las entradas en islas y continente, creció el inhumano comercio de esclavos, y empezó á llamar la atención el de cueros y sebo de cabras, de orchilla, sangre de drago, y otros frutos y efectos de la nueva colonia. Sevilla era el mercado principal de estas contrataciones: de su puerto habian salido todos los mas armadores y aventureros que con sus correrías y hostilidades minoraron en gran manera la poblacion de las islas, llenaron de terror á sus reyezuelos, y prepararon su reduccion: de allí la continuacion de socorros de todos géneros, en especial de gente de mar y tierra con que se logró la conquista. Por lo qual se agregaron las Canarias al reyno de Sevilla, y fueron gran parte para el aumento que tomó en esta ciudad y su tierra el comercio y la navegacion. Junto

con la riqueza adquirieron los navegantes sevillanos claro conocimiento de los mares y las costas del África hasta el cabo Bojador, y por relacion de esclavos habidos en ellas, varias noticias de otras costas y tierras mucho mas meridionales.

5 Estas luces náuticas y geográficas, comunicadas de los puertos del Andalucía á sus comarcas del Algarbe en Portugal, suscitaron en el ánimo heroico del sábio infante D. Enrique ideas y designios muy superiores á su tiempo. Creíase comunmente que el cabo Bojador era el fin y término de lo navegable, y amenazaban mil peligros á los que osasen traspasar los límites puestos por el criador. Los bajos, las olas y corrientes furiosas que se habian visto en las cercanías del cabo, se imaginaban extenderse por todo el mar adelante. Las tierras de la otra parte se figuraban como las postreras sesenta leguas de la costa descubierta, ó como los desiertos de la Libia, arenales estériles, donde si habitaban gentes serian los últimos de los hombres, parecidos á bestias, tostados de los ardores del sol, que hacian inhabitable la zona tórrida ya poco distante. Fué cosa asombrosa que un príncipe inexperto y joven, despreciando los terrores pánicos de los marinos egercitados, y las reflexiones políticas de los áulicos, concibiese y pusiese

por obra un plan de importantes descubrimientos, tomando principio de donde se ponía el término de la navegacion. Veinte y tres años persistió constante en la demanda, enviando continuamente gentes y navios sin lograr sus deseos. Porque las islas de Porto-santo y Madera, halladas casualmente por capitanes suyos en ese medio tiempo, bien que prometiesen desde luego grandes utilidades, ni hacian al nuevo plan, ni acaso eran desconocidas de los navegantes castellanos.

6 Contribuyó no obstante esta felicidad á que el infante redoblase sus esfuerzos, y lograrse al fin vencer el temeroso cabo en 1433: glorioso hecho que se miró entonces como una aventura no inferior á los trabajos de Hércules, y lo fué ciertamente de suma consideracion é importancia. Con él se desvanecieron muchas preocupaciones y murmuraciones, y se alentaron los marinos á dirigir el rumbo á mayor distancia de la tierra, escusando así los impedimentos y peligros del antiguo método de navegar la costa en la mano. Sin detencion dispuso el infante otra armada de dos naves, una de ellas mayor que todas las que anteriormente enviara. Es de presumir en su ánimo sagaz y observador, que advirtiese la necesidad de buques mayores y mas sólidos para surcar sin zozobra los mares profundos y tempestuosos que se presentaban en aquella

osada carrera. Insistió en ella toda su vida con incesante aplicacion y esmero, logrando ver descubierta la costa del África hasta Sierra-leona, reconocidas y pobladas de portugueses las islas de Madera, las Terceiras ó de los Azores, y las de Cabo-verde, y propuesta la grandiosa perspectiva de la contratacion directa con la India oriental. Murió en el año 1460 á los 67 de su edad, dejando al mundo un raro ejemplo de aplicacion, de constancia y beneficencia. Desde los tiernos años, retirado del bullicio de la corte al puerto de Sagres en el Algarbe, se dedicó todo á la cosmografía y navegacion, con el anhelo de ilustrar y engrandecer la patria, y propagar el evangelio en países desconocidos. Tomó por auxiliares á los hombres doctos de diversas naciones, á los pilotos mas peritos y animosos, en suma á quantos podian contribuir al propósito con sus personas y luces. Valióse particularmente en los principios de los andaluces mas prácticos en la navegacion del océano. Para enseñar á los oficiales portugueses el arte de navegar, hizo venir de Mallorca á mucha costa al maestro Jayme, doctísimo en ella, en delinear cartas y fabricar instrumentos. Fuera utilísimo que algun autor coetáneo hubiese anotado los progresos que hizo la náutica con el estudio, meditacion é industria del infante. Las di-

latadas expediciones que ordenó con singular prudencia, y la seguridad con que se hacian, persuaden que en sus dias empezó aquel arte á deponer su rudeza, y recibir el lustre con que se ostentó poco despues en Portugal.

7 El rey D. Juan II, á imitacion de su sábio tio, promovió á la par los descubrimientos y la ciencia necesaria para egecutarlos con acierto. Halló reconocida la costa de Guinea hasta mas allá de la equinoccial, corriente el rescate ó negociacion del oro en la famosa Mina, y muy adelantadas las conjeturas de dar la vuelta al continente, y descubrir su costa oriental frontera de la India. Mas halló tambien á los navegantes mal dispuestos para arrojarse en los mares del hemisferio austral, tímidos y sin guia bajo un cielo totalmente desconocido. En tal estado mandó juntar á los cosmógrafos mas hábiles del reyno, Rodrigo, y Josef judío, ambos médicos de su persona, y un Martin de Bohemia que se preciaba de discípulo del célebre astrónomo Juan Muller de Monte-regio, encargándoles que meditasen alguna nueva industria con que se alentasen los marinos. No tardó el rey magnánimo en percibir el fruto del honor que hacia á las letras, y de la generosidad y prontitud con que galardonaba el mérito. Despues de muchas investiga-

ciones y conferencias se inventó la aplicacion del astrolábio á la práctica de la navegacion, para observar á bordo la altura meridiana del sol sobre el horizonte: calculáronse las declinaciones de este astro en todos los dias del año, y se redugeron á tablas: con lo qual se facilitó á los pilotos el conocimiento de la latitud, y del lugar donde se hallaban en la direccion norte sur que seguian los descubridores. Ya estos salieron de la precision de reconocer freqüentemente las tierras, de cuya situacion conjeturaban la de su navio por métodos de pura estima expuestos á mil falencias y errores; y alumbrados donde quiera por el astrolábio, navegaron intrépidamente por alta mar al hemisferio austral, favoreciendo las miras del gobierno.

8 Es indecible el espíritu que infundió á los navegantes este rudo principio de la navegacion astronómica. Al momento se descubrió el extremo del África, y se concibieron aun mayores designios con general admiracion de los sábios europeos, que atónitos á la vista de tantas tierras, de gentes y cosas tan estrañas y nuevas como presentaron las dilatadas costas desde el cabo Bojador hasta el de Buena-esperanza, reconocieron de buena fé la grosera ignorancia y vana presuncion en que habian vivido y fundado sus ideas y pareceres. Inclináronse á dar crédito á muchas nar-

raciones antiquísimas que habían creído fabulosas. Los anales de los egipcios contemporáneos al mundo, y la maravillosa relación de Platon acerca de la Atlántida y sus poderosos pueblos y monarcas en el océano occidental, recobraron la perdida reputación. Túvose también por fundado el asenso que prestó Alejandro el grande al dicho de Anaxarco sobre la existencia de otros mundos.

9 Desde la población de las Canarias habían ido tomando cuerpo semejantes imaginaciones, ayudándose mutuamente la literatura y la náutica que caminaban á iguales pasos. Salieron á luz innumerables códices de escritores antiguos, y en ellos se registraron varias aserciones y adivinaciones de tierras vistas ó imaginadas un tiempo en el mar atlántico. Sobre todas acaloró los ánimos aquella grande isla con varios rios navegables, que hallaron desierta los cartagineses á mucha distancia del continente, y empezaron á habitar atraídos de su prodigiosa amenidad y fertilidad; pero el gobierno, temiendo que esta feliz colonia obscureciese á la metrópoli, mandó se despoblase y que nadie fuese á ella pena de la vida. El libro donde se halló la noticia traía el nombre de Aristóteles, de cuya autoridad no era lícito dudar. A la relación del filósofo se añadieron varios adornos: fin-

gióse allí el asilo de siete obispos españoles con cantidad de christianos fugitivos de los moros conquistadores de la península en el siglo VIII, los cuales edificaron cada uno su ciudad: fingiéronse muchos viages de portugueses á la isla ya llamada de las siete ciudades, y nuevas recientes de todo comunicadas al infante D. Enrique por un aventurero obscuro: fingióse en fin que de una porción de arenas tomadas de cierto puerto se halló ser oro fino la tercera parte. En busca de este oro se perdieron algunos navegantes, y lejos de desengañarse los demas, se propagaba el error con la costumbre de figurar en las cartas aquella isla bajo el nombre de Antilla. No menos famosa, y aun mas fecunda en fábulas y patrañas fué la isla de S. Brandon, que así llaman á un fenómeno observado repetidas veces al occidente de las Canarias. Semejantes y quizá mas débiles apariencias persuadieron á los habitantes de Madera y Terceras, y á las gentes de mar que frecuentaban la carrera de las islas y costas del África, que veían y casi tocaban con las manos tierras imaginarias. De ahí una multitud de expediciones á descubrir por las partes occidentales del océano, y no pocas autorizadas por la corte de Portugal.

10 El fruto que regularmente procedia de ellas